

El elegido

Rakel Ugarriza

*Alguien debió de haber calumniado a Josef K,
puesto que, sin haber hecho nada malo,
fueron a arrestarlo una mañana.
El proceso. FRANZ KAFKA*

El chico permanece tendido sobre el suelo. Siente el calor de su propia sangre mientras se deja arrullar por el griterío de la gente a su alrededor. Cierra los ojos y, por fin, descansa.

Apenas media hora antes Marcelo corre a refugiarse en la biblioteca del instituto cuando suena el timbre. No hay demasiados chicos a esa hora, solo algunos de los castigados y un puñado de los otros, los empollones. El resto prefiere quedarse afuera, al aire libre, como presos en su hora de recreo, sabiendo que disponen de poco tiempo antes de ser encerrados de nuevo. Marcelo se sienta solo en una de las mesas, frente a la puerta y cerca de ella. Saca de su mochila un libro y, con las manos temblorosas, lo abre e intenta concentrarse en su lectura.

Alguien debió de haber...

Eso es, alguien debió de haberle avisado de que esto no pararía nunca, de que hiciera lo que hiciera siempre iba a permanecer en el punto de mira de aquella mala bestia. De nada había servido repetir un curso, eso no había conseguido distraer su atención. Seguía esperándolo a la salida de las clases. Lo buscaba con la mirada durante los descansos y su técnica era tan perfecta que ya ni siquiera hacía falta que se le acercara. Con solo advertir su presencia, por muchos metros que los separaran, su estómago se encogía y el aire comenzaba a faltarle. No era miedo, era algo mucho más denso y sofisticado, tanto que apenas podía pensar en otra cosa durante el día. La noche era aún peor.

Marcelo sacude la cabeza para desalojar su mente como si espantara una muchedumbre de moscas. Vuelve a intentar leer.

Alguien debió de haber calumniado a Josef K, puesto que sin haber hecho nada malo...

Nada malo. Que él no había hecho nada malo dejó de pensarlo hace mucho tiempo. Tenía que haber algo, tal vez un gesto insignificante, una mirada a destiempo, el tono de su voz, su ropa, su aliento. No era capaz de concretar qué, pero estaba seguro de que tenía que existir. ¿Cómo si no lo había elegido a él entre todos?

Marcelo echa la mano al bolsillo y se aferra a la navaja que esconde en él. Es una pequeña que su padre emplea para pelar la fruta. La cogió esta mañana del cajón de los cubiertos, solo por si acaso, solo para sentirse menos solo.

Un último intento.

Alguien debió de haber calumniado a Josef K, puesto que, sin haber hecho nada malo, fueron a arrestarlo una mañana.

Arrestarlo. Arrastrarlo. Eso fue lo último que hizo con él. El puñetazo en el estómago lo derribó. Después lo agarró con fuerza del pelo y lo arrastró. Si toca su rostro todavía puede sentir las hendiduras que la grava y las piedras imprimieron en él. Pero no le duele, ya no. Ha aprendido a soportar ese dolor, el otro todavía no.

Marcelo cierra el libro. En lugar de guardarlo en la mochila decide devolverlo. Sabe que no terminará de leerlo.

Cuando sale a la calle no le sorprende descubrir que ya lo está esperando. Está sentado en un banco en la acera de enfrente y en cuanto lo ve se levanta y se dirige hacia él, como una fiera hacia su presa.

Josef K, piensa Marcelo, K, —capullo, canalla, cabrón— mientras saca la navaja del bolsillo y se la muestra al acosador. Este se detiene en seco y Marcelo advierte que el brillo de sus ojos disminuye en un instante. Abre la navaja muy despacio, con movimientos extraordinariamente lentos para que el momento dure más, y con la misma lentitud, pero con todas sus fuerzas, pasa la hoja por su muñeca izquierda. La sangre no tarda en brotar. Antes de tumbarse en el suelo, mareado, a Marcelo le da tiempo a ver cómo, por primera vez, K sale huyendo.